

LEOPOLDO LUGONES

Un cuarto de siglo representa un considerable trecho de posteridad para ver la obra de Lugones de cuerpo entero. Constituye una nueva, aunque temprana perspectiva para apreciar su poder de supervivencia. Lo saben quienes siguieron más o menos de cerca la trayectoria de su vida pública y los avatares de la producción. Cuantos se mezclaron en las controversias literarias y extraliterarias que él se complacía en provocar, tienen ventajas e inhibiciones como jueces. Corren el riesgo de ser víctimas de espejismos subjetivos si no se ponen en guardia contra ellos. Los antiguos admiradores incondicionales y lo mismo los reticentes, propenden a reconocer, en consecuencia, la fama póstuma de Lugones o su declinación según el invariable encomio o los propios preconceptos. Configura, por otra parte, un fenómeno generalizado en la literatura universal, tratándose de justipreciar la obra concluida de fuertes personalidades que siempre son objeto de correlativas atracciones y resistencias.

Sin embargo el juicio de la posteridad, bien entendido, no es exclusivo de los contemporáneos del autor por el mero hecho de sobrevivirle; menos aún de los jóvenes y tardíos iconoclastas sólo porque llegaron después. También en el caso de Lugones el doble enfoque de integración supone una experiencia aleccionadora. Exige una confrontación de sus ideas e ideales estéticos con los surgidos a partir de la segunda guerra mundial en cuanto anuncian salidas al futuro. Otro tanto es indispensable acerca del proceso de la crisis argentina que tampoco alcanzó a ver. Cabe dar un testimonio sobre la vigencia póstuma que es perceptible hasta aquí, sin pretender atribuirle el peso de un veredicto.

El funámbulo de *El lunario sentimental* (1909) impuso la moda de la selenofilia en nuestras letras, pero por desgracia, cerró los ojos antes de que se inaugurara la era atómica y se lanzaran hombres al espacio con próxima escala en la Luna. Pese a los atisbos del autor de *Las fuerzas extrañas*, median profundos cambios de perspectivas entre su imagen del mundo renacentista y la transición de esta última a la que ya se ha convertido en incipiente realidad. Nuestro juicio retrospectivo, incluso en el dominio estético, está pues condicionado por imponderables distancias. En parte las determina, simbólicamente, el auge de la cibernética y el cúmulo de transformaciones humanas, sociales y culturales que trae aparejadas.

Lugones sobrevivió a Rodó, Herrera y Reissig, Rubén Darío, Nervo, Jaimes Freyre, Ingenieros, Payró, Quiroga y otras figuras cimeras de su generación. Pudo prever así los giros de veleta de su propia posteridad comprobando los fallos dictados después de la muerte de sus "hermanos en el misterio de la lira", como lo llamó Darío. Presenció la memoria viva de algún afortunado excepcional junto a la mayoría de los artistas desaparecidos víctimas de la indiferencia o el olvido tan frecuente en los desmemoriados pueblos jóvenes. El nombre de José Enrique Rodó, reverenciado en

vida como maestro de la juventud latinoamericana, sufre un largo eclipse. Otro tanto ocurre en Europa con tres ídolos de ayer: Anatole France, Maurice Barrés y Gabriel D'Annunzio. Los dos últimos eran particularmente caros a Lugones por sus afinidades ideológicas con el nacionalismo y el cesarismo.

La acción del tiempo que no es siempre deterioro, somete la fama póstuma de un autor a una prueba de resistencia: debe trasponer los ciclos purificadores de un indefinido purgatorio para salvarse. Paralelamente el mismo transcurso del tiempo opera sobre los lectores del vate de *Odas seculares* que cotejan nostálgicos las impresiones de un pasado inmediato y las de ahora. No en balde atestiguan la escasa curiosidad de los jóvenes acerca de su obra. Todo ello los mueve a confrontar reacciones espirituales que corresponden a distintos momentos de la experiencia vital y estética. La posteridad pone a la obra ante públicos diferentes por más que hayan coexistido con el autor. Sufren agudamente este impacto revalorativo los poetas y escritores coetáneos y aun los que surgidos alrededor de 1920, acusaron su inmediata influencia. Permanecen unidos por comunes ideales filosóficos y fórmulas de arte, sin excluir a los disidentes cuyos fermentos polémicos los vinculan al clima emocional de la época.

DESCREIMIENTO DE LA FAMA POSTUMA

Lugones comprobó, en efecto, el desapego de las nuevas promociones con respecto a los más talentosos cofrades de su generación ya desaparecidos. Sólo dos nombres mantienen ahora un renovado predicamento inclusive entre los escritores jóvenes: Roberto J. Payró y Horacio Quiroga, pero Lugones no alcanzó a ser testigo de ese significativo culto a la literatura de arraigo popular. Vio cómo el ascendiente de muchos iba debilitándose y casi extinguiéndose en algunos. Del renombre antes ruidoso, quedaban vagas reminiscencias entre los colegas amigos, fuera de las papeletas perdidas en el fichero de los historiadores literarios. Quizás ese convencimiento de Lugones acentuó su displicencia acerca del éxito y su escepticismo sobre la fama póstuma, especialmente cuando la decretan los honores y ceremonias oficiales. El eco rezuma amargura y protesta en una página famosa de la *Historia de Sarmiento*. "Irreparable, efectivamente, ese dolor de los pobres grandes muertos —profiere— a quienes ni la salva de cañón, ni el féretro en la cureña, ni la calle denominada, ni la estatua que los embalsama en bronce, van a quitar un solo minuto de las miserias que pasaron, de la ingratitud que devoraron, de la soledad que padecieron. . ." Este arranque, sin duda confesional, aflora varias veces en forma indirecta porque era refractario a exhibir estados de ánimo quejumbrosos. Reaparece como rasgo autobiográfico en el fraterno elogio de Rubén Darío cuando dice exaltándolo: "su despreocupación de la popularidad era absoluta, su desinterés de la gloria mayoritaria. . ."



POLEMISTA Y TEORICO

El autor de *Mi beligerancia* practicaba con un entusiasta entrenamiento casi deportivo, cierto desplante de polemista dentro y fuera de la literatura. Era un gesto menos de jactancia que de euforia vital. El cultor del "helenismo en la caballería andante", el estudioso del orden medieval y el vindicador de juglares y paladines, se complacía en el ejercicio de la justa dialéctica. La adaptaba a las modalidades del escritor moderno, doblado de periodista, que no rehuye la controversia, antes bien la busca. Lugones poseía una personalidad arremetedoras que se empleaba a fondo sea cuando afirmaba los valores de la civilización greco-latina o negaba el "dogma liberal" después de su crisis ideológica, sea cuando asumía actitudes a contrapelo, no exentas del gozo de contrariar a la mayoría. Luego con la misma franqueza, rayana a veces en la arbitrariedad, salía ufano al paso de los impugnadores.

No todo, claro está, se resolvía en prurito discrepante ni en filigranas de alegato. Aquel temperamento de artista era inseparable del ideólogo desde los exabruptos juveniles del diario *La Montaña*. Su predominante naturaleza estética perseguía sin tregua la originalidad y amaba el juego de los contrastes. Ya en el deslumbrante primer libro *Las montañas del oro* había hecho estallar la gruesa de cohetes y bengalas metafóricas con reminiscencias de las antítesis de Víctor Hugo, a quien siempre protestó fiel admiración, salvo el liberalismo. A raíz del cincuentenario de su muerte, celebró el soplo épico de *La leyenda de los siglos* en un artículo titulado "Barro de Titán" (1935).

Antes de escribir *Didáctica* (1910) ejercitaba los hábitos docentes, hasta en el ardor de la polémica, como lo demostró en 1903 su temprana y filosa requisitoria contra "un ministro y doce académicos". El joven Lugones del sonado opúsculo *La reforma educacional* proyectó más tarde en otros planos de la actuación pública, esa tendencia a contrarreplicar adoctrinando. Equivocado o en la pista del acierto, rehuía las posiciones ambiguas, seguro de que con ello se enajenaba las simpatías de las almas neutras. La conducta del ciudadano, combativo y a la vez combatido, respondía a insobornables convicciones, aunque la mayoría las repudiara y la minoría destinataria, se cuidara de aprobarlas en privado. Lugones terminó por parapetarse no tanto en la soledad, refugio de tranquilas y compensadoras meditaciones, como en el aislamiento del reducto donde su obcecación beligerante dilapidó energías morales e intelectuales. Su ostensible altivez enfatizaba la voluntad de resistir, aun cuando sus defensas interiores luchaban contra el asedio de un descreimiento progresivo. Por último se rindió ante sí mismo, pues en el fondo no ignoraba que sostenía ideológicamente una causa impopular y regresiva.

Tal disposición de ánimo del autor de *Prometeo* se transformaba en un rigor cercano a la rigidez normativa cuando codificaba

valores del espíritu. Los incontables artículos publicados en sus dos últimos lustros sobre problemas estéticos, definen al obstinado preceptista. La monocorde insistencia en torno a la estructura tradicional del verso y el oficio de la rima, ostentan el corte expeditivo de decretos, sin perjuicio de las infaltables y sagaces acotaciones. Consistía en una andanada de réplicas lanzadas con rejuvenecidos arrestos cuando los iracundos de turno de la llamada "nueva sensibilidad" lo hicieron blanco de la ofensiva literaria. El ilustre antagonista que a fines de siglo acaudillaba con Darío y Jaimes Freyre la vanguardia del Modernismo, hubo de afrontar luego a los efervescentes recién venidos. Respondió entonces a los teorizantes de la nueva generación con acopio de doctrina estética. Más aún, contestó a los todavía inconfesos herederos del *Lunario sentimental* (1909) y a sus travesuras de buen humor con "pastiches" también pintorescos del flamante estilo. Lugones, propenso por lo general al empaque austero, se entretuvo con alardes de ingenio no sólo en prosa, sino hasta en verso de calculado malabarismo caricatural. Circuló entre risueños comentarios de cenáculo un capricho alusivo intercalado en "Loa del fuego alegre": "Y ahora — juglar que en el verso fragua — la singularidad — de una rima — forzada en equilibrio, — para inevitable ludibrio — de la Nueva Sensibilidad" (*Poemas solariegos*, 1928).

Las severas —casi puritanas— normas estéticas de Lugones facilitan la revisión de sus fundamentales y cambiantes aportes a la poesía, a la literatura narrativa y al ensayo histórico. A tales fines corresponde recoger su propia lección de ética intelectual: el reiterado desdén de la beatería del elogio fácil. Algún día deberá ser objeto de estudio, por separado, su labor como teórico del arte y la literatura. Todo ello permitirá examinar a fondo la unidad íntima dentro de la variedad de inquietudes y tendencias, frustraciones y hallazgos que alternan en la cantera lugoniana.

APROXIMACIONES

Infranqueables diferencias de sensibilidad se interponen entre los cánones modernistas y las direcciones líricas del presente. Quedan pocos puentes de comunicación entre el culto al refinamiento preciosista y la música verbal por un lado y por el otro, el hermetismo de los poetas actuales. Muchos jóvenes argentinos e hispanoamericanos de hoy no leen a Lugones incomunicados por la disparidad de gustos; algunos hasta lo ignoran sin disimular siquiera la falta de interés por conocerlo. Crean acaso que la literatura empieza con el advenimiento de ellos. En compensación, ciertos exguías de los belicosos grupos de vanguardia, ahora en la madurez, reconocen dignamente su deuda. Aquellos francotiradores que irrumpieron hacia 1925 jaqueando jovialmente al autor de *El Lunario Sentimental*, reivindicando la originalidad de este libro como precursora del "ultraísmo". Por lo demás Ghiano, Guillermo Ara y

César Rosales, surgidos después de la muerte del poeta, le dedicaron libros y ensayos donde analizan metódicamente la estructura de su fantasía creadora y los procedimientos estilísticos. Noé Jitrick agregó su aporte a los implacables juicios socioculturales, demasiado esquemático como enfoque crítico, aunque demostrativo de la independencia de opinión con que los jóvenes escritores vitalizan el debate, pues suscitan réplicas fecundas. Esos contados libros sobre la multiforme producción lugoniana, concurren a completar la revisión de conjunto de los valores históricos y estéticos. Sirven asimismo para dilucidar y de paso documentar un fenómeno previo: la notoria apatía de las recientes promociones ante el incansable creador y polemista.

LUGONES Y LA CONCIENCIA LATINOAMERICANA

A la distancia de un cuarto de siglo, la repercusión de la obra de Lugones no se ha extendido en una magnitud considerable. La verdad es que tampoco era muy leído en vida si se recuerda la lenta salida de sus ediciones. Continúa compartiendo el remanso común al modernismo literario, antes tema de monografías eruditas que objeto de la frecuentación viva de lectores en sucesivas y acrecentadas tandas, ávidos de ir a las fuentes. Este retraimiento salvo algunos títulos, mantiene el ingente repertorio lugoniano lejos de grandes sectores del público culto, lo cual es lamentable en la propia patria del autor donde su nombre circula profusamente de oídas. Tal carencia de masa lectora en vasta escala, justificaría análoga falta de difusión más allá de nuestras fronteras. Hay además otros factores relativos a la compleja personalidad del poeta, escritor, polígrafo, periodista y, más que nada, a la trascendencia continental de su cambiante ideología. Llama la atención en Lugones, corifeo del modernismo literario que tuvo tanta resonancia en los centros culturales de Hispanoamérica, su indiferencia respecto a los intereses comunes de estos pueblos. Era notoria su posición esquivada frente al concepto de "magna patria" que arranca de los prohombres de la independencia, pero que fue reelaborado programáticamente desde comienzos de siglo por Rodó, Ingenieros, Varona, Henríquez Ureña, R. Rojas, A. Reyes, Leopoldo Zea y otras destacadas figuras.

Cada vez apasiona más en la América denominada latina el conocimiento objetivo y exacto de la unidad de origen y destino histórico a través de sus particularismos. Esa inquietud toma cuerpo en la década 1920-1930 cuando Lugones estaba en plena actividad creadora, si bien había producido ya buena parte de sus obras mayores: *La guerra Gaucha*, *Odas seculares*, *Historia de Sarmiento*, *El Payador*. Bastarían ellas coronadas por el libro póstumo *Romances del Río Seco*, colmado de dones, para señalarlo a la posteridad. Acreditan por excelencia la raigambre de su sentimiento americano en diversos niveles de la maestría narrativa



y el impulso poético. Sin embargo, Lugones permaneció al margen de los problemas americanos cuyos coherentes planteos nada tienen que ver con los tópicos. Sucesivas generaciones de intelectuales contribuyen a esclarecerlos, desechando la retórica "americanista" y sus aprovechados profesionales. Espíritus de distinta formación, científicos y técnicos se adentran en el examen de la realidad concreta de veinte pueblos salidos del tronco ibérico. Por lo pronto, cuestionan la designación de "latina" aplicada a más de la mitad del continente donde viven 200 millones de almas, de los cuales 90 son indios y 10 gentes de color. El autor de *El imperio jesuítico*, lleno de admirables páginas descriptivas, analizó el régimen de esclavitud y la despiadada explotación del indígena bajo los encomenderos cuya voracidad de lucro agudiza el drama de los países subdesarrollados. La defensa de esas masas oprimidas infundió nueva savia a la moderna narrativa latinoamericana y movilizó a agudos ensayistas que actualizaron la generosa prédica del Padre Bartolomé de las Casas. Una de las voces, estremecida de inteligencia y de fervor de justicia, fue la de José Carlos Mariátegui. Cuando el gran peruano falleció, Lugones se asoció al homenaje y tuvo el gesto noble de honrar las virtudes morales e intelectuales del adversario. En aquel artículo (mayo de 1930) condenaba indiscriminadamente las "falacias de igual jaez como el nacionalismo continental y el americanismo indo-americano". La errónea e injusta apreciación de este último consistía en equipararlo al declamatorio panamericanismo y no denunciar el caballo de Troya.

Desde el mexicano Vasconcelos hasta el brasileño Gilberto



Freyre, pasando por el peruano Luis Alberto Sánchez, crece la tendencia a hablar de América mestiza, echando por la borda el complejo de inferioridad, causante de tanta literatura híbrida. Mestiza o mulata como prefería denominarla el novelista cubano Novás Calvo. Por su parte, Lugones no disimulaba cierta reticencia frente al hijo primitivo del nuevo Mundo. Un artículo suyo publicado en 1928 lleva el despectivo título de "Los indólatras". Sale enérgica y oportunamente al paso de los precursores de la Hispanidad, aunque luego reincide en la confusión peyorativa: "Basta ya de majadería hispano-americana, latinoamericana, indioamericana y demás voces de charnela que expresan el artificio con su propia invertebración. Lo que cuenta y vale acá es ser argentino, exclusivamente." Tales salidas de tono no lo recomendaban, por supuesto, a la estima de la fraterna comunidad de este hemisferio ni eran un aliciente para difundir sus libros.

Lugones ha compartido con Darío la jefatura del modernismo literario, pero no puede afirmarse que ese movimiento, tomado en bloque, haya sido prescindente con respecto a la conciencia de la liberación latinoamericana. Rodó la proclamó a su manera y Manuel Ugarte militó entre los primeros adalides que denunciaron planes de hegemonía continental. Aquellos innovadores, con pujos de aristocracia intelectual, se movían preferentemente en el plano de la emoción estética. Ello no le impidió al alto poeta nicaragüense trascender dicho dominio. Darío, camarada íntimo de Lugones, confesaba llevar sangre de indio chorotega y dio la medida de su intuición latinoamericana en inolvidables poemas como "Salutación del optimista" y, principalmente "A Roosevelt".

En octubre de 1922 José Ingenieros fue el vocero de los escritores argentinos que ofrecieron el banquete en honor de José Vasconcelos. Ese resonante discurso constituyó el acta de fundación de la "Unión Latino-Americana", organismo encaminado a integrar el viejo ideal bolivariano dentro de nuevos esquemas económicos, jurídicos, políticos y sociales. Era un programa trazado con criterio realista y claros conceptos sobre una solidaria acción cultural de contornos continentales. Lugones con su franqueza habitual, publicó un extenso artículo donde sostuvo su categórica oposición a tales principios. Su excluyente individualismo nacionalista y los reiterados desafíos al espíritu de confraternidad, echaron leña al fuego que había encendido dentro y fuera del país con el insólito bando "la hora de la espada".

Sanin Cano, V. García Calderón y Alfonso Reyes, entre otros prestigiosos escritores hispanoamericanos, rubricaron su admiración al influyente poeta de *Odas seculares* y de tantas páginas antológicas. Los recientes trabajos del ensayista venezolano Picón Salas y del crítico uruguayo Zum Felde lo situaron en el panorama de las letras continentales. Alfredo Roggiano acaba de dar a conocer en EE. UU. una bibliografía de y sobre Lugones donde registra los últimos comentarios aparecidos. Todo ello contribuye a acercar al

público los libros que son representativos del vigoroso narrador de *La guerra gaucha*.

TENSIONES

Al cabo de un cuarto de siglo de silencio de Leopoldo Lugones, la pasión de la inteligencia y el fervor poético transmiten los valores permanentes de su personalidad. Muestran al desnudo la lucha que libraban en su intimidad los ímpetus creadores y los raptos incontrolados del ideólogo, la quinta columna subjetiva. Acalladas las baldías controversias, ya podemos auscultar a través de sus libros perdurables la trayectoria de un espíritu al vaivén de violentas tensiones. Dejado atrás el cosmopolitismo y preciosismo de la primera época, se descubre en comunión con la tierra y las arraigadas tradiciones. Luego, cuando Lugones traspone la edad del recogimiento y las memorias, vuelve otra vez los ojos a la querencia cordobesa. Ni siquiera entonces escapa al cerco de los antagonismos: su poesía tiende tanto más a lo popular, a la vena pura de los *Romances del Río Seco*, cuanto el doctrinario martilla sinrazones contra el pueblo.

Visto en lejanía, Lugones condensa cierta imagen del país: exuberante, contradictorio, intuitivo, desencontrado, impulsivo, impresionable, derrochador de riquezas interiores. A ratos parece un símbolo de los vicios y virtudes de nuestra cultura; una síntesis de la rápida asimilación de modelos, de la inmadurez presa de súbitas iluminaciones, de la prodigiosa plasticidad verbal para describir nuestras crisis de crecimiento y agotarnos absortos en sus laberintos.

La obra proteiforme y deslumbrante de Lugones afronta la inexorable decantación del juicio histórico y estético. Se perfila de modo más claro la impaciente búsqueda de la originalidad a ultranza. Abarcamos en conjunto el espectáculo del artista consumado y el fecundo desasosiego de su saber enciclopédico, de sus incursiones de erudito desde la filología hasta la matemática.

A la distancia de un cuarto de siglo, continuamos dialogando con él, incluso para discrepar a trechos, si bien bajo la nueva luz que proyecta el tiempo que no ha transcurrido en vano. Dialogamos para comprender los últimos cincuenta años de nuestra literatura dado el desplazamiento de su personalidad y el volumen de su influencia. En cuanto a las flamantes promociones, deben interpretarlo para conocer una de las rutas de circunvalación de la literatura argentina de medio siglo a esta parte. Les corresponde replicar con su obra y desmentir al propio Lugones, quien en 1920 lanzaba un reto de polemista a larga distancia, quizás presintiendo este cuarto de siglo de su desaparición: "Comprendo pues, lo merecido de mi impopularidad, y no pido a la mayoría soberana consideración ni clientela. Esto no comporta menosprecio, sino reserva de la dignidad ante omnipotencia tan cortejada."